

La carta a William Wordsworth¹

Tomás de Quincey

I

Hubo una razón por la cual busqué la soledad en mi temprana juventud, y la busqué con exceso malsano, lo que, como es natural, debe haber conferido a mi personalidad cierto grado de ese interés que caracteriza a todos los extremos. Mi ojo había sido reducido a sus facultades secundarias por la desdicha, la soledad, la empatía con la vida en todas sus modalidades, la experiencia adquirida con demasiada prontitud, y la intuición de un peligro del que había escapado de manera crítica. Tomen el caso de un hombre suspendido de un brazo colosal sobre un abismo insondable, alguien que tras colgar en el vacío es lenta y finalmente retirado de él: es probable que tarde años en recobrar la sonrisa. Tal era mi caso: pues no he mencionado, en las *Confesiones de un inglés comedor de opio*, una milésima parte de los sufrimientos que padecí en Londres y en Gales; en parte porque mi desdicha fue demasiado monótona, y en tal sentido inadecuada para la descripción; pero, en mayor medida, porque hay una misteriosa sensibilidad asociada al sufrimiento real que retrocede con espanto ante el ensayo o el bosquejo circunstancial de ese mismo sufrimiento, como si se violara algo sagrado que está, o debiera estar, dedicado a la privacidad. Ni la desdicha hace ostentación de sus punzadas ni la angustia del hambre exasperada recuenta voluntariamente sus gemidos o sus humillaciones. De ahí que Ledyard, el viajero, al hablar de sus experiencias rusas, acostumbrara a decir que algunas de

¹ Traducción del capítulo «A Letter to Wordsworth» (y del Apéndice con las cartas correspondientes), perteneciente al volumen *Recollections of the Lakes and the Lake Poets* (Memoria de los poetas de los lagos), de *Thomas de Quincey*. La historia editorial de este libro es confusa, pues en realidad no fue nunca publicado por separado, sino que constituye una sección específica de las obras completas publicadas por el autor a partir de 1853 en la editorial de James Hogg, a la que diversas reediciones han ido añadiendo aquellos artículos y documentos inéditos que de un modo u otro tienen que ver con su tema central: esto es, las relaciones de *De Quincey* con los poetas Samuel T. Coleridge, William Wordsworth y Robert Southey, y su larga estancia como amigo y vecino de Wordsworth en el pueblo de Grasmere, en el noroeste de Inglaterra, donde *De Quincey* residió durante gran parte de su vida adulta, entre 1808 y 1830.

Para la confección de este trabajo se ha seguido la completa e informada edición de David Wright publicada en 1970 en *Penguin Classics*, añadiendo cuantas notas ayuden al lector hispanohablante a una mejor comprensión del texto.

sus desdichas habían sido tales que *nunca* las revelaría. A lo que debo añadir que no me sentía libre para hablar sin reservas de este capítulo de mi vida, en una fecha (1821) en que no habían transcurrido aún veinte años desde los hechos en cuestión, a menos que deseara cortejar el riesgo de infringir a cada paso la frontera del libelo, tan llena de trampas y celadas lo mismo para el escritor descuidado que para el concienzudo. Ésta es una consideración que algunos de mis críticos han perdido de vista hasta un punto que me sorprende. Uno, por ejemplo, se pregunta ante sus lectores si la casa que describo como la morada de mi amigo el prestamista puede existir de veras «en Oxford Street»²; y al mismo tiempo señala, como circunstancias extraídas de mi descripción, pero que son en realidad acuñaciones suyas, ciertas imposibilidades románticas que son sin duda tan incongruentes en una casa de Oxford Street como en cualquier casa de otro barrio londinense. Por lo demás, yo había aclarado sobradamente que, fuera cual fuera la calle relativa a dicho asunto, esa calle *no* era Oxford Street; y no deja de ser notable, como ilustración de la veracidad de nuestro afable reseñista, que sólo *una* calle podía excluirse por imposible; y esa calle era Oxford Street. Pues yo mencionaba que aquel día (el día de mi cumpleaños), me había desviado *de* Oxford Street para visitar la casa en cuestión. Añado ahora que esa casa estaba en Greek Street: sería peligroso decir más. Pero cualquier lector imparcial convendrá conmigo en que un escritor escrupuloso ha de obrar con prudente comedimiento y una atención desinteresada a los sentimientos de los descendientes posiblemente afables de un hombre malvado, imponiendo así discreción a su pluma. Si mis guardianes, así como mi amigo el prestamista y otros que aparecen en mis memorias, hubieran sido otras tantas sombras, abstracciones incorpóreas, sin vínculos terrenos, hubiera podido fácilmente dar nombre a mis creaciones; y tratarlas con tan poca ceremonia como fuera mi deseo; pero las circunstancias reales del caso lo impedían. Mi principal guardián, por ejemplo, aunque obstinado a tal extremo que llegó a poner en peligro la alegría y la vida de su pupilo, fue por lo demás un hombre recto, y sus hijos tienen derecho a estimar su memoria. Incluso mi *τοαπεζίτης* de Greek Street, el «foenerator Alpheus» que gustaba de recoger donde no había sembrado, y que con demasiada frecuencia (me temo) se permitía prácticas que lo hubieran hecho más que digno de climas remotos y regiones «botánicas», incluso él, digo, aunque actuaba al modo de un simple salteador de caminos si llegaba a sus oídos que yo había recibido un préstamo amistoso,

² El ambiguo y sospechoso Brunell, un prestamista que dio cobijo a De Quincey cuando éste, apenas un muchacho, se fugó del hogar de sus guardianes, como se relata en *Confesiones*. La casa aún se encuentra en pie, en la esquina de Greek St. y Soho Square.

como otros salteadores de fama y «amables ladrones» no era insensible a las peticiones de sus víctimas: algunas veces se desprendía de lo requerido para cubrir alguna súbita necesidad del camino; y fue en *su* mesa donde, después de todo, como ya he relatado en otro lugar, conseguí mantenerme con vida; a duras penas, es cierto, y del modo más frugal, pero con buen resultado, pues conseguí escapar a la absoluta inanición. Con este recuerdo en mi mente, no podía permitirme explorar sus debilidades con demasiada severidad, incluso si hubiera sido seguro hacerlo. Pero basta: el lector comprenderá que a lo largo de un año vivido en los valles de Gales o en las calles de Londres, un vagabundo a menudo sin hogar, predispuesto por su propia naturaleza a la contemplación solemne, puede haber poblado sin esfuerzo su mente con memoriales de tristeza humana y lucha desesperada que el paso de los años tarda en borrar.

He aquí, pues –un grupo de experiencias de peculiar especie, las perturbaciones de varias vidas reunidas en el abanico de un año o dos, y todo ello en combinación con una peculiar estructura mental–, una explicación de los muy notables e insociables hábitos que adopté en la universidad: pero hubo otra no menos poderosa y no menos inusual. Con esta afirmación algunos pueden pensar que mi propósito encubierto es afrentar a Oxford³. Pero no es ésta ni mucho menos mi intención. Lo que sigue no es un rasgo peculiar de Oxford; puede hallarse, sin duda, en cualquier otra universidad del mundo; y es que la sección más joven de quienes la componen, me refiero a los estudiantes, que han de fijar su atención en los grandes escritores griegos y latinos, no disponen de ocio suficiente para cultivar por extenso su propia literatura nativa. No es tanto que carezcan de tiempo como que la energía total de la mente, y el curso principal de los estudios e investigaciones subsidiarias, se centra, como es natural, en esos arduos lenguajes que conforman el ámbito de sus tareas diarias. No hay, pues, reproche o desprecio en mi pluma si afirmo que pocos o ninguno de los estudiantes de Oxford que compartieron mi posición en este mi primer comienzo sabían algo de literatura inglesa. El *Spectator* parecía el único libro inglés de rango clásico que habían leído⁴; y no tanto por su inimitable

³ *Thomas de Quincey estudió en la Universidad de Oxford entre diciembre de 1803 y la primavera de 1808, aunque pasó largas temporadas en Londres. Fue miembro de Worcester College, pero no llegó a presentarse a los exámenes finales y nunca obtuvo oficialmente la licenciatura.*

⁴ *Diario fundado y dirigido conjuntamente por Richard Steele y Joseph Addison entre el 1 de marzo de 1711 y el 6 de diciembre de 1712 (con un total de 555 números). Addison lo revivió brevemente en 1714, publicando otros ochenta números. El *Spectator* publicó a los mejores poetas y prosistas de comienzos del dieciocho (entre ellos, Alexander Pope y Lady Mary Wortley Montagu) y se convirtió en el modelo de la prensa ilustrada. Sus intereses abarcaban, sobre todo, asuntos culturales, disquisiciones morales y bocetos costumbristas.*

finura, humor y refinada agudeza a la hora de tratar maneras y personajes, como por sus insípidos y magros ensayos, ya fueran éticos o críticos. La culpa no era suya: habían sido conducidos a este libro como objeto principal de las traducciones al latín y otros ejercicios; y, bajo este punto de vista, las viejas generalizaciones de la moral superficial eran más útiles y manejables que los bosquejos de aquellos modos o personajes impregnados de peculiaridades nacionales. Traducir al latín clásico los términos de la política *whig* es tan difícil como para un político *whig* dar un relato consistente de la política de su partido desde el año 1688. No obstante, por muy natural y disculpable que pudiera ser esta ignorancia, yo la encontraba intolerable e incomprensible. Ya a los quince años me había familiarizado con los grandes poetas ingleses. A los dieciséis, o poco después, mi interés por la historia de Chatterton me había hecho explorar la controversia de Rowley⁵; y esta controversia, a su vez, en una progresión necesaria, me había familiarizado de tal manera con la «letra gótica» que había empezado a experimentar un sincero placer con la lectura de los romances del inglés antiguo; y aunque sólo una parte de su obra me era conocida, descubrí y sentí hondamente en Chaucer esas cualidades divinas que incluso hoy día merecen un reconocimiento tan apático de sus injustos compatriotas. Con este conocimiento, y este conocimiento entusiasta de nuestros poetas mayores –los más remotos y de más difícil acceso–, no me podían ser extraños otros veneros de nuestra literatura, más cercanos al plano del gusto común y más próximos a la dicción moderna, que eran también los más ampliamente difundidos por la imprenta. Con todo, y como prueba de cuán más imperiosa es la parte de la literatura que se dirige a los afectos elementales de los hombres que aquella otra fundada en los aspectos mudables de la urbanidad, es un hecho que, incluso en nuestro elaborado sistema social, donde se otorga un valor desmedido a la ciencia de la comunicación social y se aplica un estímulo constante a las sensibilidades que apuntan en esa dirección, el mismísimo Pope, con todas estas ventajas, es menos leído, menos citado y menos invocado que la sección mayor y más

⁵ *Thomas Chatterton, nacido en Bristol en 1752, fue conocido tempranamente como el «descubridor» de los poemas de Thomas Rowley, un monje del siglo quince. Rowley era en realidad una creación de Chatterton y un vehículo ideal para su poesía de corte medievalista. Chatterton, acusado de falsificación, se trasladó a Londres y allí publicó relatos, ensayos y otros trabajos. A la muerte de su patrón, los editores dejaron de apoyarle y el poeta se suicidó con arsénico. No había cumplido aún los dieciocho años. Desde entonces, y a los ojos de los poetas románticos, su figura adquirió resonancia mítica. Wordsworth lo retrató como «el niño maravilloso... que pereció por orgullo» y Keats le dedicó su poema Endymión.*